

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

La división de la comunidad antifascista argentina (1939-1941)

Andrés Bisso

pp. 88-99

La división de la comunidad antifascista argentina (1939-1941)

Los partidos políticos y los diferentes grupos civiles locales ante el Pacto de No Agresión entre Hitler y Stalin

Andrés Bisso

Introducción*

EL presente artículo buscará analizar la ruptura producida en el campo antifascista argentino, a partir de la recepción de la noticia del Pacto entre Hitler y Stalin. Dicho pacto estableció un acuerdo mutuo de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, modificando por entero, tanto la relación de fuerzas internacional como la estrategia de posibles acuerdos en cada nación en particular.

Indudablemente, antes de señalar la ruptura del campo antifascista argentino, deberíamos mencionar las características de conformación y unificación de este bloque que, en apariencia monolítico hasta el suceso que nosotros analizamos, se había ido consti-

tuyendo mediante la remisión a la polarización de matriz europea, "fascismo-antifascismo", pero buscando adaptarla, constantemente, al ritmo y calor de los sucesos específicamente nacionales.

Como era de esperar, en un país de nutrida inmigración italiana,¹ ya desde 1922 existían tanto antifascistas de origen italiano, como argentinos que se expresaban en contra del régimen mussoliniano. Sin embargo, el ascenso del fascismo italiano sólo generaba condiciones de posibilidad al surgimiento de una prédica antifascista. Mientras las condenas al fascismo se redujeran a meros ataques al mussolinismo por parte de los italianos emigrados o a condenas aisladas de ciertos grupos nativos a ese régimen, creemos que

*La Plata, Argentina, 1976. Dicta clases en la Universidad Nacional de La Plata como ayudante diplomado en la cátedra de Historia Americana II. Actualmente cuenta con una beca de Iniciación a la Investigación de dicha facultad, con la que continua el trabajo de su tesis de Licenciatura **¿Batir al naziperonismo? El desarrollo de la apelación antifascista argentina y su recepción en la práctica política de la Unión Democrática.** Sus artículos han sido aceptados para ser publicados en Argentina, Israel y Corea.*

* Este artículo fue posible en el marco del proyecto de investigación "Recepción y usos del antifascismo como eje articulador de la práctica política de la 'Unión Democrática'", para cuyo desarrollo me fue otorgada una Beca de Iniciación de la Universidad Nacional de La Plata para el periodo 1999-2001. El proyecto es dirigido por el Dr. Alfredo Raúl Pucciarelli, co-dirigido por el Dr. Aníbal Omar Viguera y tiene como lugar de trabajo el Centro de Investigaciones Sociohistóricas de la Facultad de Humanidades de la UNLP. Agradezco la colaboración de los miembros del CeDInCI de Buenos Aires, en relación con la búsqueda de gran parte del material bibliográfico utilizado en este artículo. Agradezco también el interés y la generosidad con que el profesor Daniel Lvovich y el doctor Leonardo Senkman han leído mi trabajo.

1 En 1927 vivían en la Argentina aproximadamente 1.800.000 italianos, casi el 18% de la población (Newton 1995, pp. 3-4).

no podría hablarse de la existencia de un movimiento antifascista específicamente nacional.

Para que ello ocurriera, deberían producirse una serie de hechos en la política nacional, que hicieran tentadora, para ciertos partidos y grupos civiles argentinos, la utilización de esa prédica con fines estratégicos de conexión de la realidad internacional con la nacional.

El proceso de construcción del antifascismo como apelación política de uso interno no puede señalarse a través de una fecha exacta. Se trata de un lento proceso a través del cual fue conectándose a la realidad argentina, un discurso originado transatlánticamente, que luego de cierto tiempo fue volviéndose susceptible de ser utilizado como coordenada de posicionamiento político a nivel local.

Ello ocurrirá a partir de los años '30, cuando la prédica antifascista comience a ser vista, realmente con fuerza, como un discurso asimilable a la realidad argentina y útil para denostar a los grupos locales enemigos. Ya en 1930, el Partido Comunista acusará a Yrigoyen, antes de su caída, de orientarse "hacia la dictadura nacional-fascista" (citado por Vargas 1999, p. 543). Pero será, sin duda, con el arribo al poder de los conservadores en Argentina y con la "internacionalización del fascismo" producida por el ascenso de Hitler, que los grupos de oposición "democrática" encontrarán de manera definitiva, la posibilidad de asimilar a grupos locales enemigos con el denostado fascismo.

El paso decisivo hacia la formación de una comunidad antifascista específicamente argentina, la darán la recepción de la propuesta de Frentes Populares formulada por Dimitrov en 1935 y la apelación en defensa de la España republicana, desde 1936 hasta 1939. Mediante estas recepciones, se intentaba "traducir" la causa del antifascismo mundial en el marco de las coordenadas nacionales. La propuesta de Frentes Populares será vista en Argentina, como el llamado a realizar una confluencia "democrática"

que, liderada por el Partido Radical, recientemente vuelto a la arena electoral luego de su abstención, se impusiera el acceso al poder, con fines de restauración de la democracia política formal.

La Guerra Civil española, por su parte, resultó para los antifascistas argentinos, una forma de presentar en términos idílicos, que la política local difícilmente podía producir, la lucha por la democracia, ya que, según los antifascistas, el triunfo republicano "infundir[ía] fe a los pueblos apocados y devolver[ía] a todos los países de América el esplendor democrático

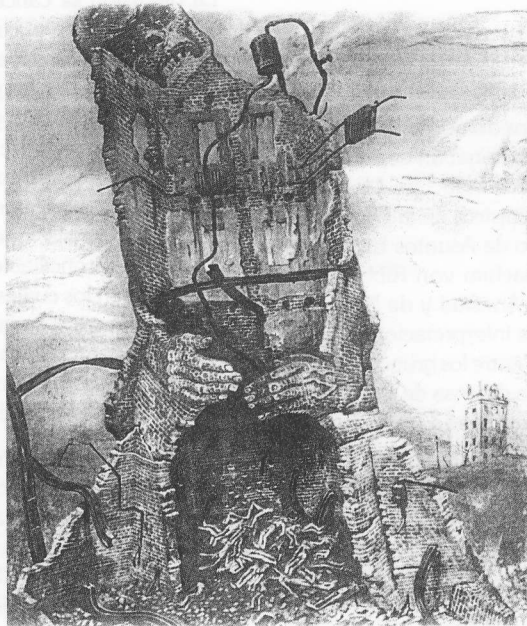
eclipsado pero no extinguido" (*España Republicana*, 29/VIII/ 1936, p. 11).

La apelación antifascista, tentadora por su retórica movilizadora y rupturista, será adoptada por los principales partidos opositores al conservadurismo para romper con el "pantano" político instaurado por el fraude justista, durante el cual los llamados partidos "demócratas" habían perdido su capacidad de oposición y comenzaban a enredarse en las turbulentas aguas de la connivencia con el sistema. Sumidos en

una coincidencia de hechos nacionales e internacionales que les resultaba provechosa, los diversos sectores antifascistas pudieron presentarse, al menos en sus proclamas, como un bloque monolítico frente al gobierno.

En momentos de la Guerra Civil, el grupo moderado y "democrático" del antifascismo podía comulgar bastante fácilmente con el grupo que se presentaba como más "revolucionario", ya que al menos en retórica, dicha guerra les daba la posibilidad de hacer convivir la radicalidad revolucionaria de un Frente Popular con la lucha legal de un gobierno elegido democráticamente.

Con el anuncio del Pacto, y debido a esa antigua imagen sin grietas, la ruptura sufrida pareció terrible para los dos grupos, temeroso cada uno de abusar ahora de la estructura apelativa que parecía no conllevarle.² A la tentadora amalgama que podía ser re-



2 Así, un escritor de tendencia socialista, para destacar el carácter "democrático" que la lucha debía tener, llegaba a decir que "la lucha contra el imperialismo económico[era] un asunto secundario ante el peligro de muerte que nos acecha" (Holmberg 1940, p. 10).

cogida por los diferentes sectores, le sucedía ahora una partición de elementos insolubles que no querían reconocerse como surgidos de la misma matriz. Será la época en que los antifascistas “democrático-liberales” correrán el riesgo de ser definidos como imperialistas pro-británicos y en la que los antifascistas “revolucionarios” serán definidos por sus antiguos compañeros de ruta como totalitarios. En este artículo procuramos rastrear el desencadenante de esta separación y las consecuencias que ella tuvo en los diferentes sectores políticos y cívicos y en la comunidad antifascista argentina en general.

La recepción del Pacto Hitler-Stalin en la Argentina

EL 23 de agosto de 1939, los demócratas y antifascistas argentinos se conocieron con una noticia que daba vueltas por el mundo.³ En Moscú, el Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Molotov, y el Ministro de Asuntos Exteriores del Tercer Reich alemán, Joachim von Ribbentrop, habían firmado un Pacto de Amistad y de No Agresión entre los dos países. Las interpretaciones sobre este pacto germano-soviético entre los grupos que antes habían estado unidos en la defensa de la República Española comenzaron a fluir como un manantial inagotable.

Desde diversas posiciones, los antifascistas y demócratas argentinos buscaban explicar la conveniencia o inconveniencia de dicho pacto. Una verdadera discusión fluida entre los sectores argentinos se dio en la semana posterior al Pacto, en la cual los grupos todavía podían hablar desde la idea de pertenencia a una comunidad antifascista íntegra, en la cual se discutían ideas dentro de un mismo espíritu y se permitían las visiones encontradas sobre la utilidad o no de dicho pacto para frenar la guerra que Hitler buscaba desencadenar.⁴ El clima de discusión era áspero, pero casi todos los interlocutores seguían creyendo que este debate continuaba siendo un intercambio de opiniones encontradas dentro de un mismo campo “antifascista”.

En un primer momento, lo que se pondrá en cuestión, será la “utilidad” o no del Pacto e incluso, en ese sentido, sin dejar de criticar a los comunistas argentinos por su estrecha dependencia de Moscú, el socialista argentino Rómulo Bogliolo (1939) no dejará de reconocer que “el tratado en debate no puede tener sino alcances convenientes, vale decir, la detención de la carrera victoriosa del nazismo alemán”. El reconocimiento de un campo antifascista unificado pero con diferentes visiones sobre el pacto entre Stalin-Hitler durará una semana.

La discusión se canceló el 1o. de septiembre de 1939, momento en el cual las tropas de Hitler invadieron Polonia y se daba comienzo así a la Segunda Guerra Mundial, con las posteriores declaraciones de guerra de Gran Bretaña y Francia al Tercer Reich. El tiempo de la unión entre los grupos antifascistas que creían poseer los mismos intereses había pasado y surgían dos antifascismos argentinos, el pro-soviético y el liberal-socialista, que se presentaban ahora con un aspecto irreconciliablemente antagónico. Fueron los dos años en los cuales el carácter bifronte del simbolismo antifascista, constituido por la convivencia de la apelación democrática con la de la militancia revolucionaria, se despertó incoherente a los ojos de los que lo venían sosteniendo.

En realidad, cierta bifrontalidad apelativa permanecía en algunos aspectos, ya que ni los comunistas estaban dispuestos a dejar la reivindicación del ideal patriótico liberal de tipo institucional forjado por el antifascismo, ni los socialistas y liberales, dejarían de presentar la necesidad de una democracia fortalecida, en los términos radicalizados que venían presentando desde mediados de la década los mitines de unidad. Sin embargo, el creciente temor a utilizar ciertos recursos discursivos del antifascismo que podían asimilarse al “otro” campo del antifascismo, hará que los diferentes grupos se vuelvan mucho más cautelosos y previsibles en su utilización de esa prédica. La forma en que reaccionaron los grupos usuarios de la apelación antifascista, fue asirse de un discurso que se opusiera tan irreconciliablemente a sus antiguos

3 América no fue la excepción por lo que respecta a esa conmoción. Quien fuera secretario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Sumner Welles (1944), recordaba que “el pacto germano-soviético confundió y desanimó a los grupos liberales de los Estados Unidos” (p. 94). En Colombia, la fluida relación de unidad entre liberales y comunistas que apoyaban la presidencia de López Pumarejo se quebrará en agosto de 1939 con motivo del pacto Hitler-Stalin, para ser recomenzada en diciembre de 1941 a causa de la entrada de los soviéticos en el campo aliado. De esa manera y curiosamente, el segundo mandato de López Pumarejo, entre 1942 y 1945, los volverá a encontrar unidos (ver Pla 1969, p. 150). En Chile, el Frente Popular victorioso daba partida de defunción a su unidad y los socialistas, en medio del clima de desconcierto, sin embargo intentarán rápidamente aprovechar para bien de sus filas, el clima que ellos creían de “desmoralización en las propias filas de la 3a. Internacional”. Citado en *Revista Socialista*, a. X, n. 112, septiembre de 1939, pp. 232.

4 Desde la noticia del Pacto, *La Vanguardia* llamó a un “debate libre” sobre el mismo, en el cual participarían tanto sus detractores como sus favorecedores. Participaron Rómulo Bogliolo, Liborio Justo, Alfredo López, Dardo Cúneo, Pedro Chiaranti, José Campos, Brasil Gerson y Narciso Márquez. El 31 de agosto, *La Vanguardia* convocó también a un plebiscito popular para que se pronunciase sobre dicho tema, pero este fue suspendido al día siguiente ante el estallido de la guerra, argumentando que “una vez más los hechos han vencido a las palabras”.

compañeros de ruta, que directamente colocara a éstos como cómplices del fascismo.

A partir de ese momento, el antiguo aliado pasaba a ser un engranaje más en la maquinaria fascista, porque por ignorancia o complicidad le hacía el juego a Hitler. Así, el demócrata progresista Julio Argentino Noble (1940) diría:

la gran estafa del antifascismo comunista quedó al descubierto (...) El mundo, inclinado a concederle al comunismo un sentido moral elevado, comprendió el engaño en que había caído (...) Ese día el comunismo perdió la batalla fuera de Rusia (...) Ese día se derrumbó el imperio espiritual del camarada Stalin.

Los primeros resquemores en torno a la posibilidad de conjugar los dos tipos de antifascismo ya habían surgido durante la firma de los acuerdos de Munich del 29 de septiembre de 1938, por el cual las potencias occidentales habían intentado apaciguar la belicosidad de Hitler mediante la concesión de los Sudetes checoslovacos, que serían ocupados por las tropas alemanas el 10 de octubre de ese año. Sin embargo, en ese caso, el antifascismo argentino se siguió presentando unido, ya que no sólo los comunistas denunciaron la política de apaciguamiento de Édouard Daladier y Neville Chamberlain, sino que los mismos socialistas la atacaron como habían hecho con las políticas de neutralidad frente a la Guerra Civil Española.⁵

Si bien los socialistas y demócratas argentinos presentaban a Roosevelt como el campeón de la democracia y los comunistas veían en Stalin al verdadero contrabalance hitleriano, la visión de una Europa cauduca que debía renovarse para combatir al fascismo⁶ y la constatación de la naturaleza fascista del Partido Conservador, sobre todo de su ala fresquista,⁷ era compartida por los dos grupos, que hacían de estos lemas el principal cimiento de una posible unidad. Y por más que constantemente los partidos comunista y socialistas venían denunciándose cruzadamente como traidores de la clase obrera, el sentimiento que prevalecía en las filas de simpatizantes y militantes no

demasiado insertos en la jerarquía de los partidos era que, en última instancia, los dos partidos estaban movidos por un mismo fin que no podía perturbarse por ataques temporales.

El sector más embebido en la idea de no dejarse dividir por diferencias partidarias era el de los intelectuales y escritores antifascistas, quienes señalaban que antes que nada, el fascismo representaba "la cultura estrangulada", como diría Aníbal Ponce (1998), y que por ello, el principio de unidad debía sostenerse antes que cualquier otro.

Fortalecido por el repudio unánime de la política de apaciguamiento francobritánica, la primera muestra clara de la posibilidad de partición del antifascismo argentino la había representado la derrota de la República Española, producida de forma irreversible con la entrada de Franco en Madrid, el 28 de marzo de 1939. La España republicana a la cual tantos honores se habían tributado, ya no existía más. Su suerte había quedado echada ya desde antes de la entrada de Franco en Madrid y a poco de caída la "heroica capital", los rumores que decían que las causas del derrumbe habían sido producto de la desunión interna en el bando republicano eran recibidos con estupefacción y abatimiento moral en los sectores "democráticos" de nuestro país.

La publicación en ese mismo año de la correspondencia entre los líderes republicanos Juan Negrín e Indalecio Prieto,⁸ quienes se achacaban mutuamente las responsabilidades de tan grande defección, no hacía más que comenzar a mostrar los entretelones de la compleja disputa interna entre las diferentes facciones republicanas. Comunistas, socialistas, anarquistas, troskistas y demócratas se entrecruzaban las culpas, olvidando la antigua unidad frente al que parecía ser el único enemigo común. Dentro de tantas disputas entre el campo del "progreso" y ante la decepción frente a Europa, el 1o. de Mayo de 1939 será, para los socialistas y comunistas, la oportunidad de revivir aquellas fechas combativas de principios de siglo.⁹

5 Así encontrarán que "el egoísmo capitalista de Inglaterra y Francia, es el principal causante del avasallamiento de Austria, España y Checoslovaquia" (González 1939, p. 21).

6 Europa era vista como signada por ser "legataria directa del Imperio romano, heredó de aquel la pasión por la conquista y, en redor de ello (sic), constitúyese en solidaridad guerrera" (Storni 1939, p. 329).

7 Fresco era considerado directamente un "ministro en nuestro país" de la "intensa penetración nazifascista" (*La Vanguardia*, 25 de agosto de 1936, p. 1).

8 Ya en agosto de 1939 apareció en París el *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española* (Imprimerie Nouvelle). En la Argentina, *La Vanguardia* comenzó a publicar las primeras cartas de esta correspondencia a partir del 15 de agosto. Esta y otro tipo de querellas relacionadas con la suerte de los líderes del POUM, las peleas finales internas antes del desastre de Madrid y las denuncias anarquistas contra el accionar comunista en Cataluña habían preparado el terreno para la ruptura posterior de la unidad antifascista producida por el pacto nazi-soviético.

9 En ese clima de intransigencia socialista, el Primero de Mayo volvía a encontrar los ecos de su antiguo origen fuertemente proletario en las palabras de Repetto: "El Primero de Mayo no es un día de fiesta, sino de afirmación y de esperanza (...) Conviene recordar su significado originario: reclamar la jornada de ocho horas de trabajo y protestar contra el militarismo y la política agresiva de las naciones" (*La Vanguardia*, 3/V/1939, p. 2).

El pacto nazi-soviético hará que las diferentes agrupaciones antifascistas, que se presentaban apartidarias y aglutinadoras, tomen un cariz pro- o anti-soviético según la inclinación de sus miembros y olviden el antiguo lema de "unidad a toda costa". Las diferentes asociaciones disputarán entre ellas, como lo demuestran las crecientes querellas entre escritores de la agrupación pro-comunista AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) con los de la pro-aliada Acción Argentina. Estas querellas seguirán más allá de terminado el pacto germano-ruso, con la prohibición existente de pertenecer simultáneamente a ambas agrupaciones y con la expulsión de Deodoro Roca de Acción Argentina en octubre de 1941. Deberá pasar un año para que las relaciones se tranquilicen y pueda verse al secretario de Acción Argentina, Alejandro Ceballos, asistir a un homenaje en honor a Emilio Troise, fundador de AIAPE (ver Cane 1997).

Si, a partir del Pacto, los intelectuales comenzaron a rever donde residía su "lealtad" última, los dirigentes partidarios que siempre la habían tenido en claro, encauzaron las estrategias para soportar, e incluso, sacar el mayor provecho posible de la división. Así, cada dirigente intentará establecer las razones por las cuales en **su** partido residía el verdadero motor antifascista. Los socialistas argentinos, que habían aparecido como abanderados de la unidad nacional frente al fascismo, iniciarán durante el período que va entre la caída de Madrid, producida el 28 de marzo de 1939, y la invasión nazi a Polonia, el 1o. de septiembre del mismo año, un camino de intransigencia creciente.

Durante este período de intransigencia, los intentos de coalición con los partidos "democráticos" se desvanecerán y los ataques a los comunistas se endurecerán. Este doble ataque a comunistas y a "burgueses" por igual, podemos verlo a través de una editorial de la *Revista Socialista* en la cual se dice que

si durante veinte años el comunismo ha colaborado eficazmente en la destrucción del movimiento obrero, del brazo casi siempre con la reacción, en estos momentos acaba de asestar un golpe de muerte a las últimas ilusiones de sus simpatizantes leales. (a. X, n. 112, agosto 1939, p. 136)

Y respecto de los conservadores y radicales se afirma que hay que condenarlos por su "esencia netamente capitalista" y su condición de aliados "para explotar legalmente al pueblo (y) sujetar al país a sus egoísmos". Luego de este doble ataque, se señala: "sólo

los representantes socialistas han defendido los intereses de la masa trabajadora" (*ibidem*).

Los comunistas retrucarían diciendo que al ser el fascismo producto directo del imperialismo burgués, la clave era combatir "tanto al imperialismo nazi como al que se dice democrático"¹⁰ y que el Pacto de No Agresión nazi-soviético era una muestra de fortaleza de la Unión Soviética frente al fascismo, ya que, incluso "los judíos pusilánimes deben pensar que mucho más posible es ver a la Alemania del III Reich soviétizada que a la Rusia comunista entregada a la swástica".¹¹ Estas palabras dichas nada menos que por el secretario del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo, Jerónimo Arnedo Alvarez (Ramos 1990, p. 64), resultan casi increíbles para un miembro de una agrupación de ese tipo, pero marcan fuertemente los giros discursivos que tuvieron que hacer ciertas agrupaciones antifascistas, de lucha contra el antisemitismo y de defensa de los derechos humanos, que tenían fuertes contactos con el comunismo, y a las que el pacto las situaba en una posición más que incómoda. Otro de los grupos absortos frente al Pacto fueron los judíos comunistas que, como dice Silvia Schenkolewski-Kroll (1997, p. 103), "se vieron en una situación (...) comprometida (...) cuando llegaron noticias sobre el trato que recibían sus congéneres en Polonia bajo la ocupación nazi".

Podría decirse que el pacto Hitler-Stalin canceló en Argentina, como en todos los demás países, cualquier posibilidad de Frente Popular entre los partidos políticos llamados "democráticos" y el Partido Comunista. Sin embargo, si analizamos profundamente los llamados de unidad en los diferentes partidos, vemos ya desde bastante antes, una postura de irreconciliable enemistad entre el Partido Comunista y el Partido Socialista, para los que el pacto sólo fue una ratificación adicional de la imposibilidad de la unión.

Ya en 1936, en pleno furor del antifascismo republicano y de la victoria de los Frentes Populares, los socialistas dejaban en claro que no querían saber nada de una posible unidad electoral con el Partido Comunista, al que consideraban como un partido que "acepta la democracia y la libertad como tragos amargos que no le es dable evitar" y cuya "sola presencia (...) en cualquier conjunción que se proyecte complica e imposibilita su efectividad" (Dickmann 1936). Por otra parte, Dimitrov (1974) en su llamado a los Frentes Unicos de 1935, ya había señalado la posibilidad de que un sector que se dice democrático

10 Frase de Jerónimo Arnedo Alvarez, citada en Ramos (1990, p. 64).

11 Palabras del secretario del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, Alvaro Guillot Muñoz, recogidas por el periódico *Orientación*, 31/VIII/1939, p. 6. Como es de suponer, exactamente lo contrario pensaba Hitler con respecto al Pacto de No Agresión, creyendo confirmadas sus palabras ante Rauschnig en 1934: "No es Alemania la que se volverá bolchevique sino el bolchevismo el que se transformará en una especie de nacionalsocialismo" (citado en Furet 1995, pp. 222-223).

podiera ser fascista, cuando se refería a Estados Unidos, en donde, según él, “el fascismo norteamericano intenta presentarse como paladín de la Constitución y de la ‘democracia americana’” (p. 58). Con esta interpretación, Dimitrov había fundado un antecedente para que los comunistas, a partir del Pacto de No Agresión, pudieran sentar en bases doctrinarias, las acusaciones cada vez más asiduas contra “fascistas” encubiertos en lo que ellos consideraban el “pe-laje” democrático. Así, los comunistas argentinos acusaban como un cómplice del fascismo, a un “demócrata” como Chamberlain, al decir, como se decía irónicamente en el número de *Orientación* del 31 de agosto de 1939, que: “el fascismo (...) se presenta como un poder precario, malgrado de los caballeros provistos de paraguas”.¹²

Pero entonces, ¿por qué el pacto nazi-soviético generó en una gran parte de la opinión pública argentina un sentimiento de desmoralización y de sorpresa? Sin duda porque en las diferentes asociaciones civiles extrapartidarias antifascistas que se habían venido conformando en esos años en la Argentina, se creía verdaderamente en el tipo de unión moral existente entre los soviéticos y Occidente. Las agrupaciones cívicas, más allá de las diferencias ideológicas, siempre se habían percibido a sí mismas como

un gran movimiento de opinión, netamente argentino, que aspiraba a (...) elevarse por sobre las divergencias, dejar de lado los compromisos de partido y unirse para sostener ciertos principios esenciales, cuya vigencia ha constituido hasta ahora nuestra razón de ser como nación.¹³

Debido a su tipo de conformación, varios de los miembros de las agrupaciones cívicas habían creído que las potencias mundiales se comportarían de la misma manera ante la amenaza fascista. Sin embargo, se veían nuevamente defraudados. Para ellos, que mayoritariamente tenían de por sí una ideología “apartidaria” y desconfiada del Estado, el Pacto de Moscú recordaba al de Munich, y los dos parecían demostrar “la miseria de la política”.¹⁴ El clima de repudio a la política puede verse claramente en los sectores de intelectuales “liberales”, que lamentaban que “en política internacional, como en política interna, no hay sentimientos, ni ideales sino intereses materiales y relaciones de fuerza” (Barrenechea 1940-1941, p. 186).

Era la desazón total de aquellos grupos no muy adaptados a los vaivenes de la alianza política. La situación de ruptura y reacomodamiento dejaba a los intelectuales y participantes apartidarios de las asociaciones civiles con un gusto amargo en la boca, al sentir este fenómeno en el cual, bruscamente, “alguien que no es enemigo puede pasar a serlo con sólo cambiar de representatividad, fenómeno que a menudo nos deja muy confusos”.¹⁵

Frente al *Anschluss* y la invasión a Checoslovaquia que los antifascistas juzgaban “permitida” por Francia e Inglaterra, y frente a la partición de Polonia entre Hitler y Stalin, y la invasión soviética a Finlandia, la sensación de que el único freno al desastre civilizatorio que se vivía en Europa lo podía dar la nueva civilización surgida en América era común entre los grupos democráticos no comunistas, de allí que “constituir en América una isla de libertad es empresa que justifica la movilización de las conciencias libres” (Romero 1940). Por otra parte, los mismos refugiados republicanos españoles parecían corroborar el traslado de la lucha contra el fascismo a América, al decir: “es América quien tiene que aportar el esfuerzo moral y material decisivo en la lucha que el fascismo ha planteado al mundo” (*Timón* 1939, p. 8).

El Pacto Molotov-von Ribbentrop dejó a los comunistas argentinos mal parados, sobre todo en los círculos de “notables” antifascistas. Sin llegar al caso límite del Partido Comunista Francés, que incurrirá en terribles contradicciones internas entre su pertenencia a Francia, a punto de ser agredida por Hitler, y su dependencia de Moscú, que lo llevarán a una política errática, en medio de la cual será disuelto por el gobierno el 26 de septiembre de 1939 (ver Furet 1995, pp. 360-409), los comunistas argentinos también sufrirán el viraje de una política antifascista “democrática” a una política antifascista “antiimperialista”.

Frente al “vacío” que los demás partidos democráticos argentinos le tendían, el comunismo mostraba una inferioridad numérica y una menor repercusión pública en relación con el otro polo antifascista. El mismo “reconocimiento” que le tributaban los antiguos enemigos, los fascistas italianos, parecía hacerlo más impopular aún, sobre todo cuando *La Prensa* lo hacía conocer en la Argentina bajo la impresión de su corresponsal en Europa, Ricardo Sáenz Hayes,

12 La alusión a Chamberlain es clara, ya que casi siempre se representaba al Primer Ministro inglés con su paraguas. Meses antes del pacto Hitler-Stalin, la revista *Caras y Caretas* representaba el posible acercamiento de Chamberlain a Stalin como una transformación de la antigua imagen de la hoz y el martillo, por la del paraguas y el martillo (“Investigación plausible”, *Caras y Caretas*, a. XLII, n. 2124, 24/VI/1939, p. 97).

13 Cita del manifiesto de *Acción Argentina* del 5 de junio de 1940 y de un llamado del Partido Socialista de ese mismo mes a unirse a aquella agrupación aliadófila (Repetto 1957, pp. 207-208).

14 Según el escritor Eduardo González Lanuza (1940, p. 1) “los partidos son los responsables directos (...) del ‘caos europeo’ y mundial”.

15 La frase es de Chou Enlai (1996, p. 5), y por más que se refiere a un contexto diferente, parece ser sintomática del aspecto psicológico resultante de la ruptura de toda política de frente.

quien comunicaba “la tesis de los diarios italianos” que decían que “la revolución rusa está más cerca de la revolución nacionalsocialista alemana que del capitalismo francobritánico” (*La Prensa*, 24/VIII/1939, p. 8). Para la pretendida equidistancia comunista, los elogios del fascismo y nazismo parecían más que comprometedores.

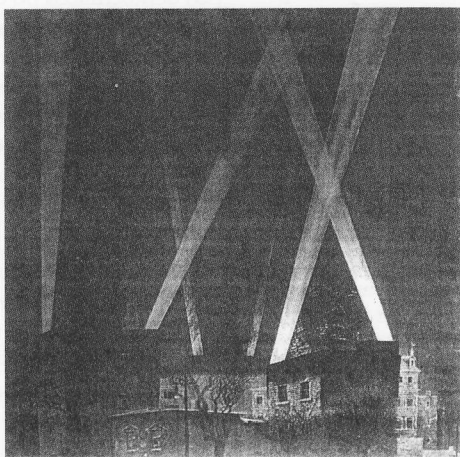
Frente a esta difícil situación, los comunistas, sin dejar de alabar el Pacto de No Agresión como una maniobra estratégica, reforzarán su denuncia del “fascismo” en Argentina y América Latina. Así, criticarán al general Ibáñez como agente interior del fascismo en Chile y no dejarán de señalar que “nuestro continente en general y la Argentina en particular, están hoy amenazados por la penetración de las grandes potencias” (*Orientación*, 31/VIII/1939, p. 3). Pactar estratégicamente con el nazismo en Europa no impedía a los comunistas reforzar las maniobras de prevención de la penetración del mismo en América.

Sin embargo, el comunismo parecía quedar ligado a la marginalidad del espectro político por su relación con Stalin. El mismo presidente Ortiz, que había sido visto por los comunistas como proveedor de gestos de rectificación frente a la política de expansión “fascista” de Uriburu y Justo (*Orientación*, 24/VIII/1939, p. 3), ahora también encaraba una política de censura a la Unión Soviética y los aislaba de su política de restauración democrática. En efecto, Ortiz, por intermedio de su ministro José María Cantilo, había mandado una nota en diciembre de 1939 al secretariado de la Sociedad de Naciones, para pedir la inmediata expulsión de la Unión Soviética debido a la invasión a Finlandia (Rapoport 1986).

A pesar de proclamar un claro antifascismo interno, los comunistas también quedaban fuera de los antiguos mítines antifascistas “democráticos” que no podían concebir sinceridad en las palabras de los comunistas. Antes, siempre había un dirigente comunista en cada acto antifascista, debido a la necesidad de que todos los sectores antifascistas tuvieran su voz. Ahora los actos partidarios volvían a conocer el sectarismo propio de los tiempos del “socialfascismo” y del antiimperialismo. Si bien esto dejaba a los comunistas con lo que ahora llamaríamos “mala imagen”

en ciertos círculos que no soportaban ni el pacto ni la radicalización antiimperialista, al menos generaba atractivo en ciertos núcleos sindicales que eran más afines a la resistencia sectaria o gremial y que veían en el antiguo tipo de coalición antifascista, un obstáculo a la movilización obrera. El antifascismo comunista se refugió así, en un antifascismo de clase que despreciaba como falso a ese antifascismo, militantemente pro-británico como el de Alvear (1969), que en la Cámara de Comercio Británica alababa la función de Londres en su calidad de

inmenso corazón cuyas palpitaciones se perciben hasta el último rincón de ese gran Imperio y de ella salen, hacia todas las regiones que lo componen, las directivas y orientaciones y los ideales de Inglaterra.



Pero el comunismo no sólo repudiaba al antifascismo claramente “pro-británico”, también desmentía a cualquier otro antifascismo que no creyera que el Pacto había sido una obra de excelente estrategia contra Hitler y las democracias imperialistas.

Aprovechando la deserción de los comunistas de los mítines “democráticos”, los grupos disidentes del comunismo, como los trotskistas, comenzarían a disfrutar de una mayor repercusión, al repetir constantemente que ellos habían “predicho” ese final al que se encaminaba Stalin.

De esta manera, el trotskismo se convertirá en el nuevo componente radicalizado que parecía necesitar el frente antifascista socialista y liberal argentino.

Liborio Justo, principal dirigente trotskista, se servirá de ese prestigio de predicción que iba ganando el trotskismo, señalando que no se sorprendía del Pacto ya que

cabe recordar aquí que no es la primera vez que Stalin ayuda directamente al fascismo. Ya en oportunidad de la guerra en Etiopía, surtió de petróleo a la flota italiana durante toda la campaña de avasallamiento de este indefenso pueblo colonial (Justo 1939).

Por otra parte, también los trotskistas se vanagloriaban de que los comunistas volvieran a compartir la idea que ellos habían sostenido constantemente, de que el fascismo era sólo una de las formas imperialistas que había que atacar, y que, por lo tanto, no era por su ideología por lo que debían ser reconoci-

dos los enemigos, sino por su ubicación estructural en la división mundial de imperio y colonias.¹⁶

Si bien esta postura fuerte de los trotskistas en contra de la “democracia imperialista” les impedía entrar en la entente antifascista “democrática”, al menos, el nuevo furor antistaliniano de los grupos pro-aliados les daba un lugar para expresarse, que antes ocupaban los comunistas. Frente a esta nueva realidad, los trotskistas debían enfrentarse al hecho de ser el centro de los ataques de los comunistas. A diferencia del mote de “ingenuos” socialistas, con los que se advertía a Palacios y a Dickmann del peligro de hacer el juego a Hitler cuando se lo comparaba con Stalin,¹⁷ los trotskistas eran considerados directamente como “caracterizados agentes del nazismo, (que) van y vienen en estos momentos procurando sembrar la confusión” que es el lugar donde “el bacilo trotskista se encuentra en el medio propicio a su peligrosidad”.¹⁸

Otros dirigentes que aprovecharán el repliegue del comunismo en los sectores “democráticos” antifascistas argentinos serán los representantes de Concentración Obrera. Nacido como partido escindido del comunismo y dirigido por José Penelón, Concentración Obrera realizará una estrategia doble. Sin dejar de mantener una fuerte solidaridad con la Unión Soviética por ser “la patria de los trabajadores”, realizará durante la época en que dura el Pacto una profunda labor de ataque abierto al nazismo por ser antidemocrático, cosa que los comunistas no estaban dispuestos a hacer ya que también buscaban atacar a las democracias occidentales. Criticando a socialistas y comunistas a la vez, los “penelonistas” que habían levantado la bandera del antifascismo durante la Guerra Civil española, conformaban ahora un grupo que se presentaba como un sector que, sin olvidar sus discursos sociales, tomaba la defensa de la democracia argentina y de sus instituciones como el primer valor que había que defender.

Acusando al Partido Comunista por su mutismo frente al nazismo, los “penelonistas” intentarán mostrarse como los ineludibles seguidores de la política de antifascismo comenzada con la campaña de solidaridad con la España republicana. Así, los concejales porteños de Concentración Obrera, José F. Penelón y Benjamino A. Semiza, promoverán en el Concejo Deliberante de Buenos Aires (1939, p. 2703), un proyecto de resolución para “evitar que las transmisiones de la radio Municipal sean utilizadas para hacer propaganda nazista, contraria a los intereses democráticos del país”. Con estas acciones enmarcarán en su partido a una izquierda que a la vez que criticaba al socialismo por su excesivo reformismo, tenía reparos con la forma autoritaria que encarnaba el comunismo.

Los anarquistas fueron otro de los grupos del antifascismo radicalizado que condenarán el Pacto de Stalin con Hitler. Al hacerlo establecerán paralelos entre los dos líderes, diciendo que si alguna vez se enfrentasen no lo harían “en pugna por y contra la libertad (...) sino en disputa de los intereses imperiales de los Estados que representan” (*Timón* 1939, p. 22).

La experiencia de la Guerra Civil Española había dejado a estos grupos claramente resentidos ante la Unión Soviética que se había encargado de desmantelar la presencia anarquista en el bando republicano. Muchos anarquistas creían que más allá de las “simpatías que pudo haber tenido en su oportunidad la fracción que invoca la extrema izquierda” había que dejar en claro que, antes que nada, “las fronteras están bien delimitadas: con los totalitarismos o con los amantes de la libertad” (*Hombre de América, fuerte y libre* 1940, p. 3). Elegían así una idea de antifascismo que entendía que, antes que nada, “el enfrentamiento fundamental no era el del capitalismo con la revolución social comunista sino el de diferentes fa-

16 Basta para comprender el alcance último de esta doctrina trotskista, con reproducir las aseveraciones de su líder que indicaba que: “supongamos (...) que mañana Inglaterra entrara en un conflicto con el Brasil (...) en ese caso yo estaré de parte del Brasil ‘fascista’ contra la Inglaterra ‘democrática’ (...) Verdaderamente, hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales y los conflictos militares a la lucha entre fascismo y democracia. Bajo cualquier máscara hay que aprender a distinguir a los explotadores” (Ramos 1990, p. 66).

17 Al comentar declaraciones de Dickmann y Palacios, comparando a Hitler con Stalin, los comunistas dirán: “tales demócratas y antifascistas que en vez de alegrarse de un paso (...) destinado a salvaguardar la paz (...) hacen declaraciones como las que comentamos, demuestran inconsecuencia y carencia de principios serios” (*Orientación*, 24/VIII/1939, p. 2). Tengamos en cuenta que si bien se los sigue considerando a los socialistas como “demócratas y antifascistas” sinceros, esto es antes del desenlace de la Guerra, cuando todavía se podía pensar en un frente antifascista unificado.

18 La metáfora médica de “bacilo trotskista” nos hace recordar otra figura similar usada por la persona que los comunistas más decían aborrecer, Adolf Hitler, quien en relación a los judíos dirá: “el judío (...) no fue jamás un nómada pero sí, invariablemente un parásito en el cuerpo de otras naciones. (...) ¡Su propagación misma en todos los rincones de la tierra es un fenómeno típico común a todos los parásitos!” (Hitler 1954, p. 105). Esta verificación de similitudes no pretende ir más allá de descubrir un tipo de metáfora de muchas fuerza discursiva, relacionadas con una visión “orgánica” de la sociedad y utilizada por diferentes sectores. Sin querer establecer una comparación directa entre Adolf Hitler y el dirigente comunista argentino Paulino González Alberdi, no podemos dejar de mencionar lo perjudicial de la utilización de metáforas médicas para comprender el funcionamiento de la sociedad. En los dos discursos, producidos por dos personas muy diferentes y de categorías morales claramente diferenciables, tanto judíos como trotskistas se ven como un cuerpo enemigo que representa el “mal” absoluto.

milias ideológicas: por un lado los herederos de la Ilustración del siglo XVIII y (...) por el otro, sus oponentes" (Hobsbawm 1998, p. 150). Por ello les causaba cierto estupor la forma en que una revolución deudora de esa tradición iluminista como la rusa, pudiese ahora estar representada por quienes pactaban con Hitler.

Lo cierto es que el antifascismo, que siempre había intentado representarse a sí mismo como una indestructible roca, ahora comenzaba a mostrarse como una aleación inestable, conformada básicamente por dos discursos que si bien en ciertos climas podían fusionarse a través de no pocos renunciamientos y malentendidos, en otros momentos no podía sino resquebrajarse ante la incontestable realidad de que frente al enemigo único, considerado como el mismo demonio,¹⁹ unos habían optado por "apaciguarlo" y otros por "pactar" con él. Y no sólo ello, unos lo habían visto peligrosamente cercano al comunismo, por sus modos políticos, y los otros, indiscutiblemente asociado a las democracias occidentales por su mismo origen económico capitalista.

En todo caso, resultaba difícil en esa época en la Argentina, ubicarse en una posición en la cual se pudiese hablar claramente contra el fascismo y la barbarie nazi, condenar el totalitarismo stalinista y lanzar inectivas contra la penetración del imperialismo británico y norteamericano sin perder la hilación del discurso, caer en el escepticismo de "torre de marfil" o directamente ser acusado de estar favoreciendo "solapadamente" a alguna de las potencias en cuestión. Es que como lo señalaba el escritor Oliverio Gironde (1940, p. 4): "hoy más que nunca, el lector está dispuesto a comprender, únicamente, lo que pueda agradarle o le convenga, aunque apechuguemos con el énfasis de las simplificaciones más esquemáticas". A pesar de ello, él intentaría transitar este camino de condena a las potencias y de búsqueda de una política autónoma que liberase al país de lo que él consideraba una "economía colonial". Gironde atacará a aquellas tiranías que "ensoberbecidas por una mística que se basa en una absurda superioridad racial, o en el advenimiento de un utópico paraíso proletario (...) privan al ser humano de toda libertad" (p. 9), pero no por ello dejará de lamentar que la mayoría de los intelectuales olviden de criticar al capitalismo extranjero únicamente por "el solo hecho de que la propaganda alemana afirme esa verdad y la utilice con propósitos inconfesables" (p. 16).

Gironde al hacer esta crítica parece pensar en escritores como Alberto Gerchunoff (1940), para quien el ataque a Gran Bretaña, sea cual fuere, repre-

sentaba antes que nada una posición a favor de Alemania, ya que según él, eran "germanófilos (...) los que han descubierto que Gran Bretaña constituye un imperio rebalsante". Sin embargo, tampoco la de Gerchunoff era una posición tan sencilla, ya que consideraba germanófilos también a aquellos que eran "enemigos de la difusión de los métodos soviéticos en economía", una aseveración que si bien podía ser considerada polémica por defender al país de Stalin, tenía la intención de que el autor no fuese considerado "reaccionario" por gran parte de la audiencia antifascista. Por otra parte, el staff de *Argentina Libre*, el periódico donde Gerchunoff publicaba, siempre intentaba diferenciar claramente al comunismo y al pueblo soviético, de su líder Stalin. Así, cuando la invasión de Hitler a Rusia reconstituía la unidad antifascista, los "demócratas" argentinos podrán decir, sin pensarse incoherentes: "Con Rusia contra Hitler a pesar de Stalin" (*Argentina Libre*, a. 2, m. 68, 26/VI/1941, p. 12). Hitler volverá a ser así, "el enemigo de todos", tal como lo señalaba Gerchunoff (1941), quien volviendo a la figura antifascista de antaño dirá: "El señor Hitler es una expresión de satanismo. Es Satán. Y Satán no triunfa".

Fuera del espectro antifascista izquierdista, la recepción del Pacto de No Agresión, si bien generaba un posicionamiento claro en contra de él, comenzaba a producir problemas cuando obligaba a los dirigentes de los partidos mayoritarios y autodenominados "nacionales" a hablar de política internacional. Para los radicales, la Guerra Mundial significaba una cuestión delicada, ya que a través de ella se cristalizaban las diferencias internas. Esto resultaba engorroso, para un partido que decía no alterarse por los acontecimientos foráneos, debido a su arraigada nacionalidad.

Frente al Pacto de No Agresión existía un consenso general de reprobación, ya que para los radicales dicho pacto representaba la unión de dos potencias que sentían "con igual intensidad un odio y un rencor indisimulado por las ideas democráticas y (...) un mismo desprecio por la personalidad humana" (*Hechos e Ideas*, a. 5, n. 34, octubre 1939, p. 68). El problema surgía cuando se debatía sobre la actitud que debía tomarse frente a los Aliados que combatían al nazismo que pactaba con el bolcheviquismo. Frente al ya mencionado apoyo a Gran Bretaña hecho por Alvear, conductor del partido, existía un ala que, apoyada en un discurso antiimperialista, buscaba desmentir a su conductor y revivir en el plano externo una nueva división entre yrigoyenistas y antipersonalistas. Fracturado como estaba el campo antifascista en dos polos, rápidamente el sector alvearista tendrá

19 La imagen del fascismo como el diablo era muy repetida por los seguidores argentinos del católico francés Jacques Maritain, quien identificaba al nazismo y al fascismo como "La Bestia" y, siguiendo el registro bíblico, llamaba a Hitler "el hombre que lleva el sello de la bestia" (Maritain s/f, p. 20).

su eco en los periódicos representantes del antifascismo "democrático" y liberal, mientras que algunos de los opositores a esa conducción, comenzarán a realizar contactos con los grupos comunistas, necesitados de apoyos internos a su posición.

Así, durante la época del Pacto de No Agresión habrá ciertas relaciones entre los comunistas y el grupo más "antiimperialista" del radicalismo, Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA). Estas relaciones estaban justificadas para uno de sus líderes, Raúl Scalabrini Ortiz, para quien la defensa de la neutralidad era la cuestión más trascendente del momento, ya que ella permitiría la independencia de todas las potencias y por ello había que unirse con todos los grupos que la pregonaran. Esta actitud abierta ante "cualquier" apoyo a la neutralidad le valió las acusaciones de que el diario donde él publicaba, *Reconquista*, estaba subvencionado por los nazis.²⁰

Otros grupos opuestos al alvearismo, sin dejar de mostrar un claro neutralismo, nunca aceptarán dialogar con los comunistas a los que Sabattini trataría, junto a los conservadores, como "porquería".²¹ Incluso dentro de la misma agrupación FORJA, el grupo liderado por Luis Dellepiane se opondrá a la idea de Scalabrini Ortiz de unirse a todos aquellos que defenderían la neutralidad. Presionado por la creciente distancia de FORJA de la línea general del radicalismo, Dellepiane resolverá disolver el grupo y volver de lleno al tronco del radicalismo, en septiembre de 1940, junto a Gabriel del Mazo entre otros.

La actitud más común de los militantes radicales será la de preconizar la "neutralidad" histórica conjuntamente con una idea de lucha contra la penetración tanto de fascistas como de comunistas. Juan José Fuentes Pondal (1940), intentaba mostrar esta posición diciendo que: "no podemos, al asumir una posición netamente argentina, trasuntar otro interés que el interés nacional (...) libre e independiente de toda tutela o influencia extranjera" (p. 11). La posición neutralista no evitaba sin embargo que se debiera

desarrollar una tarea orientadora y educadora a la vez, de la masa ciudadana, tendente a evitar la infiltración y propagación de ideas extranjeras contrarias a nuestras instituciones vigentes y a saber: Fascistas, Nazistas, Falangistas o Comunistas (p. 17).

La idea parecía ser que los efectos de la guerra pasaran desapercibidos y no afectarían ni la estructura nacional ni la estructura partidaria. Los hechos posteriores irían volviendo esta intención fútil, cuando las disputas entre intransigentes y unionistas se expresaran cada vez más a través del posicionamiento internacional. Esta situación en el radicalismo era exten-

siva a todos los sectores políticos, incluso a los grupos "nacionalistas" de derecha, para los cuales los acontecimientos internacionales se volvían cada vez más determinantes. En ese sentido, el dirigente conservador Matías Sánchez Sorondo, el único senador que votaría a favor de la renuncia de Ortiz en 1940, dirá: "ya no hay otra política que la internacional" (Senkman 1995, p. 46). Sin duda, se veía en la situación internacional, un espejo de lo que podía o no podía, debía o no debía ser el país.

Sin embargo, a pesar de resultarles un tema controvertido para ellos, los radicales no dejaban de aprovechar ciertas posibles interpretaciones del Pacto de No Agresión nazi-soviético que perjudicaban a sus competidores políticos. Resaltando el carácter nacional y no extremista del radicalismo, el Diputado Nacional por Capital Federal, Carlos M. Noel (1940), reparará en el hecho de que "la extrema derecha representada por un diario fascitizante, aconseja a sus lectores votar las candidaturas de la extrema izquierda". Ello estaría mostrando "el pacto de Hitler y Stalin consumado en la Argentina! (y) la unión de dos ideologías antagónicas y extranjerizantes" en la que incluso los socialistas, contrarios al pacto, estarían involucrados, ya que

los acusados por la Casa del Pueblo de mantener vinculación y de estar a las órdenes de la Tercera Internacional, se plegaron de pronto a las candidaturas del socialismo, sin explicar de donde vinieron las órdenes de firmar el vergonzante pacto. (p. 372)

El radicalismo buscaba mostrarse como el único partido realmente nacional y no atravesado por las disputas internacionales y no dudará en traducir esto como un triple acuerdo entre comunistas, socialistas y conservadores. El dirigente radical Mario Guido acusará al Partido Socialista de ser instrumento de imposición del pacto "Berlín-Moscú" en la Argentina. A esto los socialistas responderán: "sólo un analfabeto desconoce la línea existente entre el socialismo democrático y el comunismo ¿Es tan bruto el señor Guido?" (*Revista Socialista* 125, octubre 1940, p. 224).

Más allá de la conexión que Noel y Guido intentaban establecer entre socialistas y comunistas como cómplices, lo cierto era que en el socialismo, el Pacto de No Agresión desató el anticomunismo latente que este partido dejaba expeler por gotas durante la antigua unión antifascista. Nuevamente la división creada desde la Revolución Rusa y nunca cicatrizada entre los dos partidos "proletarios" cobraba una nueva dimensión. La división antes encarnada en quien luchaba "verdaderamente" por los derechos de los proletarios se fundía ahora en la disputa por determinar

20 Ver la posición de Scalabrini Ortiz ante la guerra en Falcoff (1972).

21 "[J]amás he admitido contubernios con nadie y menos con comunistas y conservadores; yo me avergonzaría de estampar mi firma al lado de semejante porquería". Carta de Sabattini a Stucker, citada en Romero (1969, p. 308).

quién luchaba de manera “verdadera” contra el fascismo. Las disputas no eran más sobre estrategias; los socialistas ahora hablaban directamente de traición²² y enunciaban la “evidente simpatía existente entre fascistas y nazis con comunistas” (*Revista Socialista* 125, octubre 1940, p. 225). El pacto, que antes de la guerra había sido interpretado por los socialistas como muestra de la ambivalencia del nazismo y de su confusión ideológica,²³ a partir del desarrollo de la conflagración será visto cada vez más como muestra de la traición soviética a los trabajadores.

La profunda perspectiva “dual” que había construido el antifascismo hacía que todo lo que no se le pareciera fuese definido como fascismo. Frente a la inusitada división entre dos polos antifascistas, la retórica antifascista que no parecía poder ser pensada en “tres”, generó que cada grupo sumara a su nuevo contendiente en las filas del “enemigo eterno” que resultaba ser el fascismo. Así, aparecía el fascismo cada vez más como una abstracción que representaba diferentes males que sólo podían ser combatidos a través de la perspectiva propia o del partido.

Situado más allá de las disputas partidarias, el antifascismo anclado en los grupos cívicos fue aquel que creyó con mayor vehemencia en la idea de la desinteresada unidad antifascista, y por lo tanto el que más sufrió la división que el pacto produjo. Tanto es así, que será el que más esfuerzos hará por retomar la imagen de comunidad antifascista cuando la Unión Soviética y los Estados Unidos se pongan definitivamente del lado aliado. La invasión nazi a Rusia dará a los grupos cívicos la posibilidad de volver a concebir una comunidad antifascista monolítica en la cual se encontrara, como señalaba Juan C. de Mendoza,

todo el que piense en su hogar (en sus padres, en sus hijos, en su esposa) y en sus bienes (...) todo el que, en definitiva, ame a su patria, que esté alerta, ojo avizor y brazo puesto para defender todo. (1941, p. 188)

A modo de coda. El Pacto de No Agresión y la Guerra Fría

El uso del mote “fascista” volvería a ser utilizado durante la Guerra Fría, nuevamente con el sentido que la escisión del antifascismo de la época del Pacto de No Agresión había establecido, diferenciando el “verdadero” del “falso” antifascismo. Los comunis-

tas como Georg Lukács (1968, p. 277) unirán fascismo y norteamericanismo, a través de una unión común con el irracionalismo, del que dirán que

la mayoría de sus definiciones morales habrán de cobrar una espantosa realidad bajo el régimen de Hitler y siguen conservando todavía hoy su actualidad como exponente de la moral del “siglo norteamericano”.

Como contraparte, los propagandistas del “mundo libre” revivirán la teoría de la identidad entre comunismo y nazifascismo bajo la propagandización deformada de la teoría del totalitarismo, que ya había tenido vigencia en la época del Pacto de No Agresión y que con otro propósito habían enunciado los frankfurtianos. En otros casos, se revivirá la tesis de Friedrich A. Hayek de la relación entre planificación económica y nazismo, para llevarla a su extremo y condenar como nazi a todo aquello que no provoque la valoración total del libre mercado. Así se utilizará la obra de Hayek, *Camino de servidumbre* (1976), como argumento meramente ideológico en defensa del “mundo libre”, olvidando lo que según Joseph Schumpeter era su principal virtud: la de ser “un libro cortés que casi nunca atribuye a sus contrarios otra cosa que el error intelectual” (Hayek 1976, contrapunto). En la época de la Guerra Fría, sin embargo, nadie parecía ser un “adversario equivocado”, antes bien todos aparecían como “enemigos siniestros”. Para demonizar, unos sumaban comunismo y nazismo; los otros, capitalismo y fascismo.

El comienzo de la Guerra Fría volvía a un antifascismo escindido, que recordaba al del Pacto de No Agresión. Sin embargo, la nueva etapa que se abría entre las dos superpotencias y sus seguidores ideológicos en los demás países, llevaba el antifascismo a un brete mucho mayor que el que sufrían los antifascistas de la época del Pacto de No Agresión, ya que antes se combatía contra un enemigo concreto y representado en ciertas fuerzas militares e ideologías determinadas.

A poco de desarrollarse la postguerra, el antifascismo se volverá cada vez más un instrumento ideológico en manos de competidores cada vez menos decididos a explicitar las fuentes del antifascismo en las que se nutrían. Una nueva historia de buenos y malos volvía a ocupar el telón de fondo de la disputa por la hegemonía mundial.

22 “La traición comunista a la clase trabajadora y a la democracia tiene cada día nuevas comprobaciones (...) Todo se reduce a una vulgar cuestión de dinero. El nazismo y el fascismo no son más los enemigos” (*Revista Socialista*, a. XI, n. 126-127, noviembre y diciembre de 1940, p. 336).

23 Así, intentando resaltar el carácter ingenuo y doctrinariamente endeble de los militantes nacionalistas que apoyaban al nazismo, puede verse el soneto humorístico llamado “Confusión” de Fray Hortiga, que dice: “Yo enloquezco, desvarío, / se me nubla la razón; / lleno está de confusión / y duda el cerebro mío // de este modo exclama un tío / fascista ante el notición / del pacto de no Agresión”. / ¡Qué maremagnum!, ¡qué lío! // ¡¡Por favor! Que alguien me explique, / ¡Qué soy? ¿Nazi o bolchevique? / ¿totalitario o soviético? // Mi cerebro va a estallar / y siento que me va a dar, / pronto un ataque apoplético” (*La Vanguardia*, 26/VIII/1939, p. 14).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alvear, Marcelo T. (1969). "Discurso pronunciado como huésped de honor de la Cámara de Comercio Británica en la República Argentina, en el almuerzo realizado en el Plaza Hotel", en Romero 1969, p. 303-305.
- Barenechea, Mario Antonio (1940-1941). "¿Qué ocurre en el mundo?", *Nosotros*, año IV, 54-63, pp. 168-198.
- Bogliolo, Rómulo (1939). "Las consecuencias del tratado", *La Vanguardia*, 24 de agosto de 1939, p. 8.
- Cane, James (1997). "'Unity for the Defense of Culture': The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943", *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, 3, pp. 443-482.
- Chou Enlai (1996). *Sobre el frente único*, Buenos Aires, suplemento Hoy, p. 5.
- Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires (1939). *Versión taquigráfica de la 16a. Sesión Ordinaria*.
- De Mendoza, Juan C. (1941). *La Argentina y la Swástica*, Victoria: Buenos Aires.
- Dickmann, Adolfo (1936). "Qué es el Frente Popular y qué debería ser", *La Vanguardia*, 15 de octubre de 1936, p. 4.
- Dimitrov, Jorge (1974). *Fascismo y frente único*, Buenos Aires: Nativa.
- Falcoff, Mark (1972). "Raúl Scalabrini Ortiz: The Making of an Argentine Nationalist", *Hispanic American Historical Review*, vol. 52, 1, p. 74-101.
- Fuentes Pondal, Juan José (1940). *La UCR ante la situación internacional*, Buenos Aires: Nocito & Raño.
- Furet, François (1995). *El pasado de una ilusión*, México: FCE.
- Gerchunoff, Alberto (1940). "La posición ante la guerra", *Argentina Libre*, año I, 1, p. 3.
- Gerchunoff, Alberto (1941). "El enemigo de todos", *Argentina Libre*, año II, 68, p. 2.
- Girondo, Oliverio (1940). *Nuestra actitud ante el desastre*, Buenos Aires, s/e.
- González, Lautaro (1939). "1er. día de un año a conquistar", *Suplemento La Vanguardia del 1o. de Mayo*, p. 21.
- González Lanuza, Eduardo (1940). "El intelectual ante la guerra", *Argentina Libre*, año I, 3, p. 10.
- Hayek, Friedrich A. (1976). *Camino de Servidumbre*, Madrid: Alianza.
- Hitler, Adolf (1954). *Mi lucha*, Buenos Aires: Luz.
- Hobsbawm, Eric J. (1998). *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica.
- Holmberg, Adolfo D. (1940). *Perspectivas de la situación mundial*, Buenos Aires, s/e.
- Justo, Liborio (1939). "¿Comunistas rusos contra el comunismo?", *La Vanguardia*, 25 de agosto de 1939, p. 8.
- Lukács, Georg (1968). *El asalto a la razón*, Barcelona: Grijalbo.
- Maritain, Jacques (s/a). *Por qué no somos racistas ni antisemitas*, Buenos Aires: Información Católica Internacional.
- Newton, Roland C. (1995). "El fascismo y la colectividad italo-argentina, 1922-1945", *Ciclos*, año V, vol. V, 9, pp. 3-30.
- Noble, Julio A. (1940). "El negocio de Herr Stalin", *Argentina Libre*, año I, 4, p. 1.
- Noel, Carlos M. (1940). "Discurso", reproducido en *Hechos e Ideas*, año V, tomo V, 36, p. 372.
- Plá, Alberto (1969). *América Latina siglo XX: economía, sociedad y revolución*, Buenos Aires: Carlos Pérez.
- Ponce, Aníbal (1998). "Condiciones para la Universidad libre", en AAVV, 1998-1918 *La reforma Universitaria*, Buenos Aires: La página, pp. 49-50.
- Ramos, Jorge Abelardo (1990). *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires: Claridad.
- Rapoport, Mario (1986). "Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)", *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, 2, pp. 239-285.
- Repetto, Nicolás (1957). *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Romero, José Luis (1940). "El escritor -que existe por la libertad- debe repudiar al nazismo", *Argentina Libre*, año I, 17, p. 10.
- Romero, Luis Alberto et alii (1969). *El radicalismo*. Buenos Aires: Carlos Pérez.
- Schenkolewski-Kroll (1999). "El partido comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 10, 22, pp. 91-107.
- Senkman, Leonardo (1995). "El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 6, 1, pp. 23-49.
- Storni, Gabriel (1939). "Europa y América: la guerra y la paz", *Revista Socialista*, año IX, 108.
- Vargas, Otto (1999). *El marxismo y la revolución argentina*, Buenos Aires Agora, tomo II.
- Welles, Sumner (1944). *Hora de decisión*, Buenos Aires Sudamericana.

Revistas y Diarios

- Argentina Libre*. Semanario antifascista, dirigido por Octavio González Roura y Luis Koifmann. Buenos Aires.
- Caras y Caretas*. Revista humorística y de interés general. Buenos Aires.
- España Republicana*. Publicación de los republicanos españoles en Argentina. Buenos Aires.
- Hechos e ideas*. Revista radical. Buenos Aires.
- Hombre de América, fuerte y libre*. Publicación anarquista-liberal. Buenos Aires.
- La Prensa*. Diario de interés general. Buenos Aires.
- La Vanguardia*. Diario socialista. Buenos Aires.
- Nosotros*. Publicación cultural. Buenos Aires.
- Orientación*. Semanario comunista. Buenos Aires.
- Revista Socialista*. Partido Socialista, dirigida por Rómulo Bogliolo. Buenos Aires.
- Timón*. Revista de emigrados republicanos españoles en Argentina. Dirigida por Abad de Santillán. Buenos Aires.